

# Peanut y la Ciudad Ilustrada Jones



LA AVENTURA MÁS MÁGICA DEL MULTIPREMIADO

ROB BIDDULPH

Escrito e ilustrado por

ROB BIDDULPH

Peanut  
y la  
Ciudad  
Ilustrada Jones



ANAYA

# Física FÍSICA

Fuerzas y movimiento

Segunda ley de Newton

Fuerza resultante =  
masa x ~~acete~~ aceleración

$$F = ma$$



Título original: *Peanut Jones and the Illustrated City*

1.ª edición: octubre de 2021

© Del texto y las ilustraciones: Rob Biddulph, 2021  
Publicado por primera vez en 2021 por Macmillan Children's Books,  
un sello de Pan Macmillan

© De la traducción: Mercedes Vaquero Granados, 2021

© Grupo Anaya, S. A., 2021

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

ISBN: 978-84-698-8860-5

Depósito legal: M-23394-2021

Impreso en España – Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

HOLI



PEANUT



Para Jodie,  
que hizo que sucediera todo





# Prólogo

El mundo, como una página totalmente nueva, era blanco. Un vasto lienzo de cielo se cernía sobre el paisaje nevado, decorado con unas cuantas nubes de pálidas pinceladas. Todo estaba en calma.

De repente, movimiento. Una forma pequeña y oscura trazaba una línea recta a través del valle. Era una especie de animal, o al menos el esbozo de uno. Un garabato de pelo con patas y cola. Un perro, tal vez. Lo que quiera que fuese, se movía con un claro propósito: escapar de lo que lo perseguía.

Tenía las orejas puntiagudas pegadas a la cabeza mientras corría hacia un pequeño grupo de árboles cerca de un poste indicador. Cada diez zancadas más o menos miraba hacia atrás por encima del hombro con ojos medrosos y oscuros como de tinta. El tiempo parecía ralentizarse a medida que la distancia

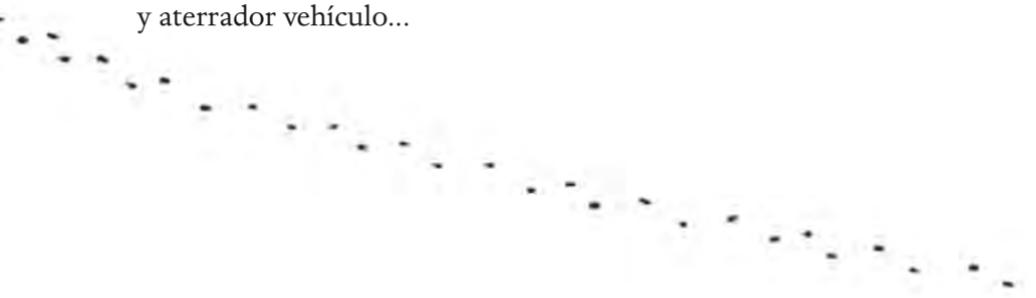
entre el perro y los árboles se reducía. Cien metros. Cincuenta metros. Diez metros. Entonces... voló hacia el bosquecillo de grafito como una bala.

Diez segundos de silencio.

Luego llegó el sonido.

Lo sentiste antes de oírlo: una leve sensación de revoloteo en la boca del estómago, seguida de un zumbido suave y profundo. Poco a poco, se hizo más fuerte. Y más fuerte. Y más fuerte. Al cabo de un minuto, todo el valle brilló cuando mil millones de copos de nieve comenzaron a vibrar con el zumbido.

Entonces apareció en el horizonte el enorme, monstruoso y aterrador vehículo...





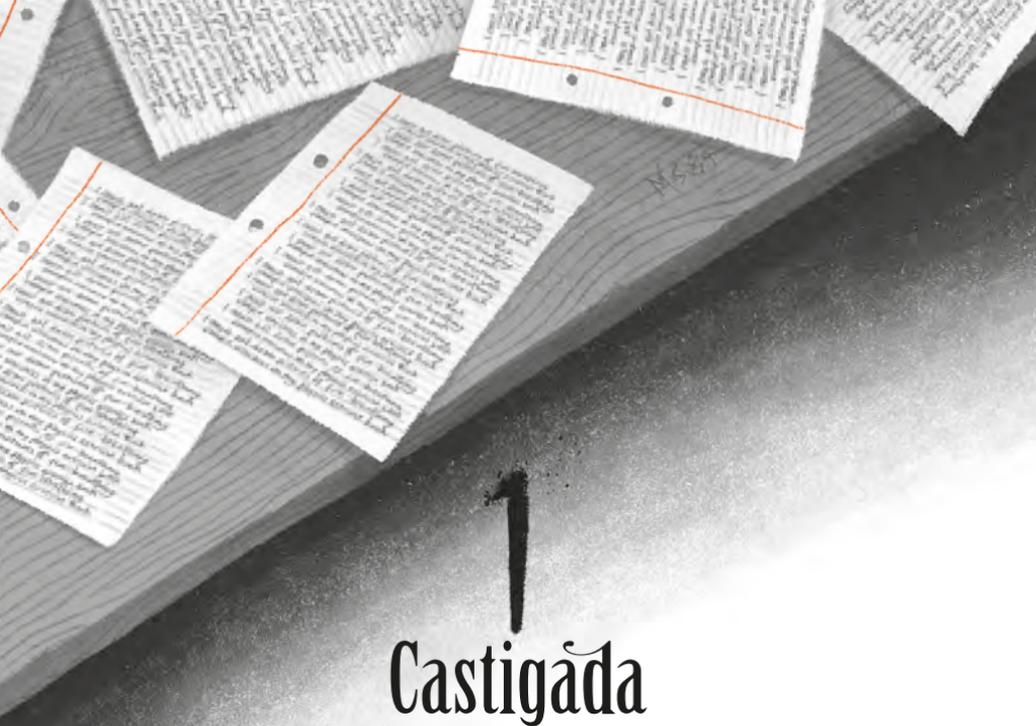


# Parte 1

... en la que Peanut aprende  
algunas verdades sorprendentes







# Castigada



o debo dibujar unicornios vampiro escupiendo fuego en mi cuaderno de ejercicios de física».

Peanut Jones había escrito esa misma frase 496 veces. Había tardado casi dos horas y le había dejado un enorme bulto en el dedo corazón de la mano izquierda. Era la única persona que quedaba en todo el colegio, aparte de su profesor, el señor Dawkins. Levantó el brazo.

—Señor, he terminado.

Dawkins levantó la vista de su crucigrama. Migajas de patatas fritas de sal y vinagre decoraban su barba negra.

—Eso ya lo veremos, Pernilla —dijo el profesor con desdén. Se acercó a la mesa de la niña y empezó a hojear la gran pila de papeles que tenía delante.



Peanut estaba tan enfadada que podía notar cómo se ruborizaba. Odiaba que la gente la llamara así. En su partida de nacimiento decía «Pernilla Anne Jones», pero siempre la habían llamado «Peanut», desde que nació. En realidad, desde antes de nacer. Su padre solía contarle: «Cuando tu madre estaba embarazada de dos meses, en Internet se decía que tenías el tamaño de un cacahuete. Así que empezamos a llamarte Peanut, cacahuete en inglés». Por ese nombre la conocían todos en el Melody High, su antiguo colegio, pero era demasiado esperar del profesor Aliento de Muerte Dawkins.

Agitó las hojas de papel delante de la cara de Peanut en señal de triunfo.

—Has rellenado exactamente treinta y una caras de A4. Teniendo en cuenta que en cada página se puede escribir un máximo de dieciséis líneas, un simple cálculo me dice que solo has escrito 496 de las quinientas frases que te había pedido. Es decir, el 99,2 por ciento de tu objetivo. Como sabes, esperamos que cualquier alumno que tenga la suerte de estudiar en el colegio San Hubert para los Seriamente Científicos y Terminalmente Matemáticos cumpla con todos los aspectos de todas las tareas que realice. ¡Al ciento por ciento! En este caso, está claro que te falta un 0,8 por ciento para alcanzar ese objetivo. —Una sonrisa de suficiencia comenzaba a asomar en algún lugar detrás de su barba llena de patatas fritas—. Como castigo por tratar de salirte con la tuya haciendo menos trabajo, no solo lo terminarás en su totalidad, sino que escribirás la frase cien veces más. Eso me dará tiempo suficiente para terminar mi crucigrama, comerme este huevo a la escocesa y llegar a casa a tiempo para ver en la televisión *Desafío Universitario*.

—Pero, señor...

—Ni peros ni peras, Jones. Hazlo y ya está. No sé qué tipo de ñoñerías toleraban en tu anterior colegio, pero debes comprender que la precisión es importante. La frívola creatividad no tiene cabida en el San Hubert. En absoluto.

# 2

## Rockwell Riley



Mientras Peanut atravesaba fatigosamente las puertas del colegio, vio a un chico alto y espigado con una perfecta esfera de pelo negro que explotaba de la parte superior de la cabeza y que la esperaba en la parada del autobús. En cuanto la vio, Rockwell Riley sonrió, se levantó y le lanzó una manzana.

—He pensado que querías picar algo.

—Gracias —resopló—, pero no hacía falta que te quedaras.



—No pasa nada. He estado repasando química mientras esperaba. La estructura atómica es superinteresante, ¿no te parece? ¿Sabías que cuando el sodio reacciona con elementos no metálicos, como el cloro, pierde por completo su electrón externo? Toda la capa que lo rodea desaparece, sin dejar absolutamente nada. Nada de nada. ¡Flipa!



Peanut lo miró con cara de no entender una palabra.

—No sé de qué narices hablas —se lamentó.

—Sí, claro —dijo Rockwell, sonriendo—. A mí no me engañas. Te gusta ocultarlo, pero creo que eres más inteligente que todos nosotros juntos. ¿Es por eso por lo que no te gusta lo del compañero de estudio? ¿Por si se te escapa sin querer lo ultrainteligente que eres?

Peanut suspiró. El programa de compañeros de estudio del San Hubert estaba pensado para ayudar a los nuevos alumnos a instalarse en la escuela. Se suponía que los compañeros se reunían durante una hora al día para discutir cualquier problema que el nuevo estudiante pudiera tener, pero desde que la habían emparejado con Rockwell en su primer día, dos meses atrás, este se había convertido en su sombra. Aun así, Peanut siempre intentaba saltarse la sesión. Sospechaba que le habían asignado a Rockwell por el bien de ambos porque, por lo que había podido comprobar, no tenía ningún amigo en el colegio. No estaba segura de por qué, ya que parecía bastante agradable. Si Peanut hubiera estado buscando un nuevo amigo, podría haberle ido mucho peor.

Pero ese no era el caso. No tenía ninguna intención de acostumbrarse al San Hubert, con o sin compañero de estudio, porque, en lo que a ella concernía, no iba a pasar mucho tiempo allí.

—Escucha, te has vuelto a perder nuestra reunión de hoy. Si la hora de comer es un problema, ¿por qué no quedamos

por la mañana, antes de la escuela? —propuso Rockwell, con los ojos llenos de esperanza—. ¿Qué tal mañana? No queremos meternos en líos por saltárnosla otra vez, ¿verdad?

Otro suspiro. Peanut cedió sabiendo que no se rendiría hasta que ella aceptara reunirse con él.

—Vale, está bien. Si hay que hacerlo...

—¿De verdad? ¡Genial! —Rockwell se sonrojó de alegría.

—Te pico a eso de las ocho, ¿de acuerdo? Melody Road, ¿no es así?

—¡Sí! —exclamó Peanut, en voz alta—. El número ochenta.

# 3

## Nerys y el gran coche

**M**ientras Peanut mordía la manzana, un enorme coche plateado con las ventanillas tintadas giró en la carretera y se dirigió a toda velocidad hacia ellos.

Peanut y Rockwell se cuadraron por instinto cuando el vehículo se detuvo. La ventanilla trasera se deslizó hacia abajo para mostrar un rostro que Peanut conocía bien.

—Hola, preciosa.

Peanut sonrió. Era Nerys, la asistente personal de su madre en la empresa de contabilidad. A Peanut le caía bien. Era la única en el trabajo de su madre que le hablaba como a una persona normal y no como a un bebé.

Peanut no tenía ni idea de la edad de Nerys. Su pelo era del tipo de color lila que sitúa a una persona de inmediato en

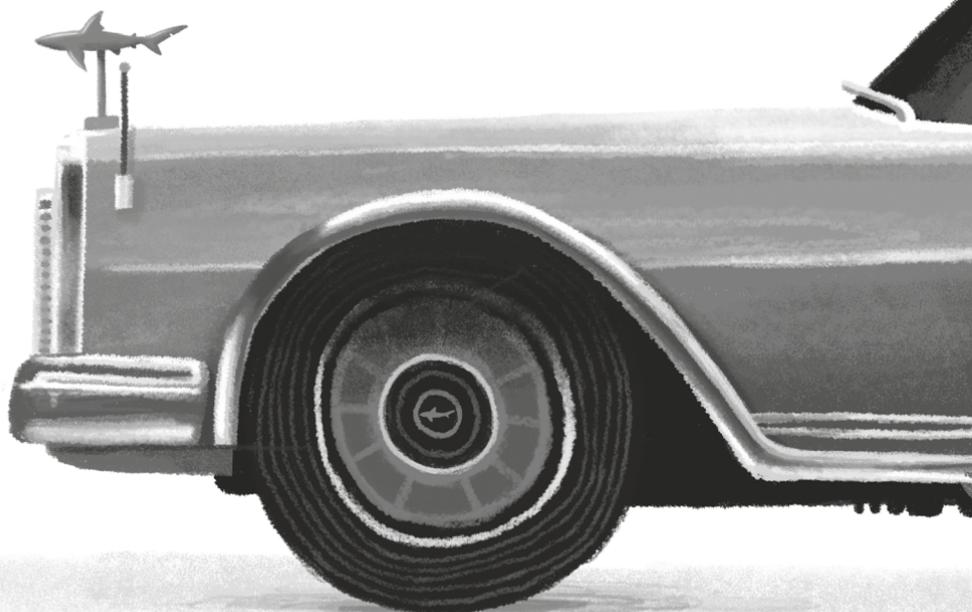
la franja de los setenta y tantos, pero tenía poquísimas arrugas en el rostro, a excepción de unos pequeños pliegues en el rabllo de los ojos. Arrugas de la sonrisa. Nerys sonreía mucho.

—Tu madre me ha enviado a buscarte. Ha recibido un mensaje del colegio diciendo que te habían castigado, así que aquí estoy. No sé, esos profesores siempre se quejan por algo, ¿no? —Nerys abrió la puerta del coche—. Ahora bien, cariño, me muero por tomar una taza de té. Así que date prisa, sube y volvamos a la oficina antes de que puedas decir esternocleomastoideo.

Los ojos claros de Nerys dirigieron rápidamente su atención a Rockwell.

—¿Llevamos a tu amiguito a algún sitio?

—Oh-oh —balbució Rockwell—. Gr-gr-gracias, no gracias, señora. Eh, señora. Eh, s-su alteza. Tengo mi *skate*. Nos



vemos mañana, Peanut. —Y con eso se puso en marcha y desapareció por la calle.

—Parece simpático —opinó Nerys, mientras Peanut subía al coche—. Me alegro de que por fin hagas amigos en el San Hubert.

—Rockwell no es mi amigo. Solo es amable conmigo porque en el colegio le han dicho que lo sea y no quiere meterse en problemas. De todos modos, no quiero hacer amigos en el San Hubert. —Los ojos de Peanut se llenaron de lágrimas—. La palabra «amigos» implica que me lo estoy pasando bien y que no me importa quedarme. Y ya te digo yo que no me pien-



so quedar. —Miró por la ventana—. De todos modos, no importa. Papá regresará pronto a casa. Solucionará las cosas con mamá y podré volver con mis viejos amigos del Melody High.

Nerys frunció el ceño.

—Cielo, no olvides que tu madre solo te envió al San Hubert porque cree que es lo mejor para ti. Te quiere, ya lo sabes. No te des por vencida en este colegio, cariño. Las cosas siempre pueden cambiar. —Se volvió hacia el hombre del asiento delantero—: Conduce, Hammond...



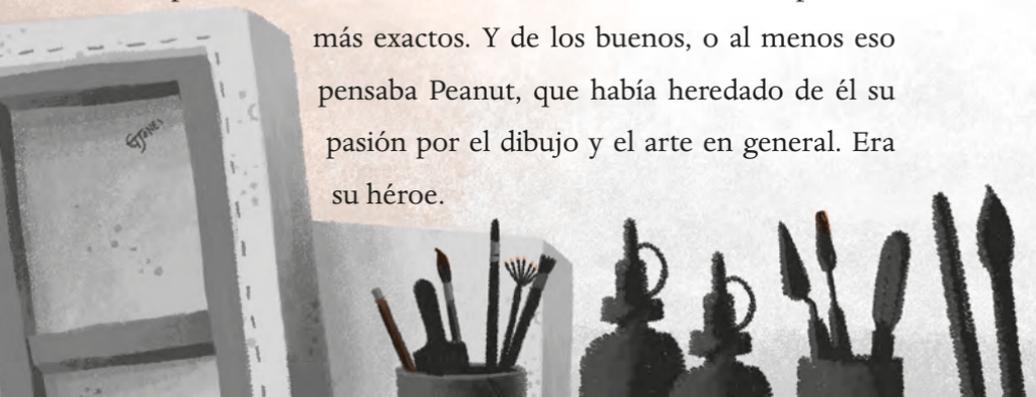
A shelf with various art supplies including a white mug filled with brushes, a framed photograph of a woman, and several bottles of paint or ink. The background is a textured, light-colored wall.

# 4

## Posits del almuerzo

A large, stylized letter 'A' in black with a white outline, set against a background of orange and red splatters.

A Peanut le resultaba difícil expresar con palabras lo mucho que echaba de menos a su padre. Hacía un año que había desaparecido y no pasaba un minuto sin que deseara con todas sus fuerzas que entrara en la habitación, la cogiera en brazos y le diera uno de sus famosos abrazos de oso. Siempre que oía sonar el teléfono o veía abrirse una puerta, esperaba en cierto modo que fuera él. Cada vez que no lo era, sentía de nuevo el dolor de su ausencia. El padre de Peanut era un artista, como ella. Pintor, para ser más exactos. Y de los buenos, o al menos eso pensaba Peanut, que había heredado de él su pasión por el dibujo y el arte en general. Era su héroe.

A collection of art supplies in the foreground, including a white mug with brushes, a palette, and various brushes and tools.

Le encantaba pasar el rato en la pequeña y luminosa terraza acristalada de la parte trasera de la casa que su padre utilizaba como estudio. Era un caos, pero siempre estaba llena de increíbles objetos: tubos de pintura medio vacíos, tazas viejas llenas de pinceles, muestrarios de colores pegados a las paredes, muñecos de madera en diferentes poses y caballetes de todos los tamaños imaginables. Pero lo mejor de todo eran los cuadros, diseminados por todo el estudio.

Algunos estaban terminados, otros a medio pintar y otros parecían acabados pero habían sido descartados en el último momento. A Peanut le encantaban todos, aunque sus favoritos eran los lienzos vacíos. Cuadros por pintar. Había algo mágico en ellos. Cada vez que veía esa extensión de blanco puro, sabía que su padre pronto la convertiría en algo más. Algo nuevo. Se sentía muy afortunada de tener un padre capaz de conjurar la belleza de la nada.



Y luego estaban los pósits.

De pequeña, la idea de dejar la guardería y empezar el colegio había puesto a Peanut muy nerviosa. Solo se quedaba por las mañanas en la primera, mientras que tendría que pasar el día entero en la escuela. Estaba aterrada. Sabía que iba echar de menos las divertidas tardes que su padre y ella pasaban juntos, y se había pasado una semana llorando ante los preparativos. Sus padres se habían preocupado mucho.

—Tengo una idea —dijo mamá el día antes de que Peanut empezara—. ¿Y si todos los días papá te hace un dibujito en un pósit y lo pegamos en tu fiambarrera? Así tendrás algo que esperar a lo largo de toda la mañana y algo de lo que reírte por la tarde. Creo que te puede ayudar.

Y así comenzó la colección de pósits del almuerzo de Peanut. Cada día, su padre le hacía un dibujo en un cuadradito de papel amarillo y lo escondía entre los sándwiches, los yogures y las barritas de fruta. Qué ganas tenía siempre de ver qué le tocaba. Hacía dibujos de sus personajes favoritos de libros, programas de televisión y películas, retratos de miembros de la familia, versiones en miniatura de cuadros famosos y muchas



cosas más. Todo lo que se le ocurría a papá. Y cada uno de ellos contenía las palabras «Te quiero infinito X» escondidas en algún lugar del dibujo.

Su padre no se había saltado ni un solo día durante toda la escuela primaria y el comienzo de su etapa en el instituto Melody High, y Peanut atesoraba cada nota. Se las llevaba con mucho cuidado a casa por la tarde y las metía en una bolsa de plástico debajo de la cama. El año anterior, su padre le había fabricado una caja de madera especial para guardarlas y «mantenerlas a salvo».

—¿Por qué «Grafito»? —había preguntado, leyendo la inscripción de la caja.



—Bueno —respondió él—, «lápiz» viene de *lapis*, que en latín quiere decir piedra. Se llama así precisamente por el grafito, la piedra negra que pinta. Me pareció apropiado teniendo en cuenta que un pincel y un lápiz es lo que suelo utilizar cuando los dibujo para ti.

Peanut todavía tenía la caja, llena hasta los topes con más de dos mil dibujos. Por supuesto, no había habido ningún nuevo pósit desde que su padre se había marchado. De hecho, el recordatorio diario de su ausencia que recibía cuando abría la fiambarrera y no encontraba ningún dibujo en su interior era como una puñalada en el corazón. La hora de la comida había pasado de ser el mejor momento del día a ser el peor. Todos los días se hacía la misma pregunta: «¿Dónde está?».



# Algunas leyendas nacen de la punta de un lápiz...

Dibujar es algo mágico para Peanut Jones.

Pero el arte no puede solucionar sus problemas.

Su padre ha desaparecido y ella está atrapada en un colegio nuevo y aburrido. Hasta que un día encuentra un lápiz con poderes especiales. De repente, se adentra en un mundo con más color, creatividad, emoción y peligro de lo que jamás hubiera imaginado. Y tal vez, solo tal vez, pueda descubrir lo que le pasó a su padre.

El genio creativo Rob Biddulph deslumbra con una serie llena de magia, aventuras, amistad y arte.



ANAYA

1525269

ISBN 978-84-698-8860-5



9 788469 888605

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)